MIGRACIONES, DERECHOS HUMANOS Y DESARROLLO: EL CASO AFRICANO

Mbuyi Kabunda Badi

Nació en la República Democrática del Congo, es uno de los máximos especialistas a niveles africano, latinoamericano y europeo en temas sobre el desarrollo, migraciones y, sobre el continente Africano. Más concretamente el profesor Kabunda Badi es especializado en los problemas de integración regional, desarrollo, género, derechos humanos y conflictos en África.

Es Doctor en Ciencia Política por la Universidad Complutense de Madrid (1992) y Licenciado en Ciencias Políticas (1976) y en Relaciones Internacionales (1982) por la Universidad de Lubumbashi, República Democrática del Congo. En la actualidad es profesor y miembro del Instituto Internacional de Derechos Humanos de Estrasburgo y del Máster y Doctorado de Relaciones Internacionales y Estudios Africanos de la Universidad Autónoma de Madrid. Ha realizado además el Postgrado en «Altos Estudios Internacionales» en la Sociedad de Altos Estudios Internacionales (Madrid, 1988) y una Especialización en «Derecho Constitucional y Ciencia Política» en el Centro de Estudios Constitucionales (Madrid, 1989).

Introducción

Refiriéndose a la actual crisis migratoria, *Médicos del Mundo* subraya en su newsletter, del 4 de marzo de 2017, lo siguiente: “Europa está viviendo una crisis migratoria en el Mediterráneo. Más de 1 millón de personas han llegado a Europa por mar, casi 5.000 han muerto y aún muchas más sufren problemas de salud y todo tipo de violencias, tanto en sus países de origen, como en su viaje de tránsito y en los países de acogida”. Estas palabras resumen todo el drama vivido por los migrantes y los refugiados, junto a la violación de los derechos humanos de estos colectivos por las mafias y los grupos armados.

Es preciso recordar que las migraciones son inherentes a la historia de la humanidad y se remontan a los tiempos remotos. Han jugado, y siguen jugando, un papel fundamental en la evolución de la especie humana y en los contactos transformadores y enriquecedores. Abarcan en la actualidad a todas las regiones del mundo en todos los sentidos (Sur-Norte, Sur-Sur, Norte-Norte, Norte-Sur -Wihtol de Wenden, 2013-) y todas las capas sociales, que se puede afirmar que hemos entrado en la era o la edad de las migraciones. Prueba de ello es que el 2% de la población mundial está integrado por los migrantes, o sea unos 120 millones de personas (sin contar los más de 24 millones de desplazados internos y, en la actualidad, los 60 millones de personas adicionales generadas por las crisis de Siria, Irak, Afganistán, el cuerno de África y el África del norte, o sea el equivalente de la población de un país como Francia).

En el caso africano, pues, existe una larga tradición de migraciones resultadas del nomadismo propio a la cultura de los pueblos de este continente; de las políticas de reclutamiento de la colonización europea para las minas y las plantaciones; de las políticas irracionales de desarrollo poscolonial, que favorecen las ciudades y la industria en detrimento del mundo rural y de la agricultura, dando lugar al éxodo rural; de las convulsiones internas nacidas de la inestabilidad política y de los conflictos armados; y de las políticas neoliberales que crean las condiciones de expulsión en el continente, además de favorecer “el robo de los cerebros africanos”. Es decir, “una sangría para los procesos productivos de estos países”.

Las poblaciones africanas se caracterizan, pues, por una gran movilidad voluntaria (migración) o forzada (desplazados o refugiados). La movilidad de la población es una constante de la historia africana, por las necesidades de adaptación de los pueblos africanos a los múltiples choques internos y externos. En lo estrictamente interno, las principales migraciones contemporáneas van de las regiones sahelianas, pobres e inestables, hacia los países costeros, ricos y estables; de las zonas en vías de desertificación o de sobrepoblación del África Occidental y del África Oriental hacia los espacios disponibles de estas regiones; y de los países del África Austral hacia Sudáfrica (Hugon, 2016: 154).

Contrariamente a la opinión más extendida, las migraciones africanas pues, son más horizontales que verticales o se realizan más dentro del propio continente que hacia fuera (cf. Kabunda, 2012), aunque la actual tendencia es al aumento de dichas migraciones en el sentido Sur-Norte. Es preciso recordar que de los 113 millones de migrantes presentes en los países de la OCDE, en 2016, sólo una pequeña proporción procede del África Subsahariana.

I. Factores generadores de flujos migratorios

Las violaciones de derechos humanos, los sufrimientos humanos, los desequilibrios económicos o las diferencias de logros económicos entre Europa y África, resultados de mecanismos y estructuras internacionales históricos y actuales de espolio, convierten el continente en un infierno con la consecuente huida de los oprimidos hacia Europa, considerada como el continente de las riquezas, de la libertad y de los derechos humanos. Es decir, la exportación de la mano de obra africana es la única manera para reducir las diferencias, en estos aspectos, entre ambos continentes separados sólo por 14 Kms.

Para ser más concreto, se puede considerar los factores siguientes como generadores de los movimientos o flujos migratorios (véase Jacquemot, 2016: 283-290; Hugon, 2016: 156):

- » Las desigualdades de riquezas e ingresos o el desarrollo desigual entre los países, en particular las asimetrías de toda índole entre Europa y África¹, junto a la desigualdad de la proporción de la población activa en los países de origen (caracterizados por la falta de transición demográfica) y en los países de destino (sometidos al envejecimiento de la población). Es decir, estamos ante la necesidad de mano de obra en unas regiones y de excedente en otras. Se supone que de aquí al año 2030, unos 25 millones de jóvenes africanos podrían emigrar fuera del continente, en parte como resultado de la fase de crecimiento que está experimentando África (5 a 6 % de crecimiento en las dos últimas décadas). Son, en definitiva, las diferencias de dinámicas demográficas entre África y Europa, tanto en términos de ritmo de crecimiento como de estructura de edad, las que generan la presión migratoria. En palabras de Hugon (2016: 156), quien abunda en el mismo sentido, de aquí al año 2050, de un lado, el número de europeos activos o en la edad de trabajar va a disminuir; de otro, el África Subsahariana ganará 700 millones de personas activas o en la edad de trabajar. Ello producirá un aumento de movimientos migratorios hacia Europa o “los estados miembros de la UE con los mayores niveles de vida y la práctica del asilo más humanitaria” (Balazs, 2017: 27), y dentro del propio continente, que abarcaría la mitad de estos flujos.
- » La existencia de las redes transnacionales, creadas por las diásporas de los migrantes ya instaladas y con arraigos sociales y culturales en los países de acogida, y favorables para recibir a los nuevos migrantes. Estas redes proporcionan informaciones a los candidatos a la migración sobre los países de destino;
- » El grado o nivel de pobreza del país de origen, junto al grado de rechazo o de las medidas de restricción de la inmigración en los países de acogida. Es preciso subrayar que la pobreza, aunque un factor importante en las migraciones, no es determinante, pues, es evidente que son las personas más acomodadas las que son propensas a emigrar. Más desarrollo y democracia en el país de origen más tendencia a la emigración se produce².

1 La desigualdad de ingresos per cápita entre ambos continentes es de orden de 1 a 10. Estos desequilibrios constituyen los verdaderos efectos llamadas.

2 Según puntualiza Hugon (2016: 156), a corto plazo, la democracia y el desarrollo favorecen las libertades de desplazamientos, mejoran los medios de comunicación, aumentan las posibilidades de financiar la migración y adquirir la formación necesaria. Sin embargo, a largo plazo, la democracia y el desarrollo son factores determinantes de reducción de la presión migratoria.

II. Aspectos positivos y negativos de las migraciones africanas para el Norte y para África

Los efectos macroeconómicos de la migración son globalmente positivos para los países de emigración y de inmigración, por las razones siguientes (cf. Hugon, 2016: 157):

- » En los *países de emigración*, las remesas (transferencias de fondos de los migrantes o los “migra dólares”) superan con creces los fondos dedicados a la ayuda pública al desarrollo (APD). Se estima que estas transferencias representan el 3% del PIB de África. Además de financiar los bienes de primera necesidad de las familias, y también de prestigio, las remesas contribuyen a la mejora de los aspectos de justicia social y desarrollo humano en los países de origen, y por lo tanto contribuyen a la reducción de la pobreza. Los 20 millones de inmigrantes africanos han transferido en 2014, según el Banco Mundial, unos 31.000 millones de dólares en el continente. Es preciso subrayar también las ventajas inmateriales que generan las remesas sociales y culturales.
- » Los *países de inmigración* del Norte, estancados demográficamente, necesitan poblaciones jóvenes, activas y que pueden contribuir a los gastos de su jubilación. Los empresarios están globalmente a favor de las migraciones que les aseguran una mano de obra barata. Para los países de la Unión Europea, o al menos para el núcleo de los 15, las migraciones son una necesidad económica no sólo a causa del creciente envejecimiento de la población, sino que además se necesita, como en el caso anterior, de la mano de obra barata de los inmigrantes, como queda subrayado. En el caso particular de Estados Unidos, en palabras de Rivero (2016: 60), los negros nacidos fuera del territorio estadounidense, o inmigrantes procedentes del Caribe o de África, han aportado mucho a este país que los afroamericanos o los negros autóctonos en los campos de la cultura, de la política y de la academia, además de demostrar ser más emprendedores. En definitiva, el discurso político contra la inmigración, contrasta con la realidad económica que la necesita. La presencia de los inmigrantes africanos es una oportunidad para las sociedades de acogida de conseguir el mestizaje cultural, y no, como se suele manifestar, para dar lugar a los “choques culturales”.

Desgraciadamente, los partidos populistas o ultraderechistas se sirven de las supuestas “amenazas” que constituyen las migraciones (para los empleos de los nativos o los valores nacionales de los autóctonos) para fomentar la xenofobia y el rechazo. Viendo la otra cara, la inmigración constituye también una nueva forma de extorsión de los países pobres, al representar los inmigrantes africanos la capa de la población más joven, más fuerte y más capacitada para el desarrollo local. Se habla de “la fuga de competencias” o “la fuga y/o robo de cerebros”.

III. Las violaciones de los derechos humanos de los migrantes en los países de origen, de tránsito y de acogida

Los Gobiernos africanos, adheridos al neoliberalismo, han procedido a recortes drásticos en los aspectos de justicia social o de desarrollo humano de sus pueblos.

El resultado inmediato es que la migración se ha convertido en una vía lógica o una alternativa de las víctimas africanas de las injusticias económicas neoliberales. Para los migrantes, la reducción de la pobreza pasa por la emigración a Europa, adoptada como una estrategia más para aliviar la miseria.

A. *Las realidades cotidianas africanas (o en los países de origen) destacan por:*

- » La debilidad del sistema institucional de protección y promoción de derechos humanos (derechos constitucionales, Carta Africana de Derechos Humanos y de los Pueblos, Tribunal Africano de Derechos Humanos y de los Pueblos, que destacan por importantes lagunas y consagran todos el predominio de los derechos colectivos o de los Estados sobre los de los pueblos e individuos);
- » Los programas de ajuste estructural (PAE) impuestos a los Gobiernos africanos crean, por su esencia, las condiciones objetivas para la violación de los derechos humanos al no favorecer ni la democracia económica ni la participación política popular.

B. *En los países de tránsito*, los inmigrantes están sometidos:

- » A la explotación, extorsiones, abusos, agresiones y redadas policiales, además de enfrentarse a todo tipo de peligros en la travesía de las rutas marítimas o terrestres;
- » A la explotación de las redes de tráfico de seres humanos, consecuencias de la externalización de las fronteras de la UE (caso de los países magrebíes o norteafricanos, en particular de Marruecos, Argelia y Libia, y subsaharianos como Senegal, Malí, Níger o Etiopía);

C. *En los países de acogida*, están condenados:

- » A la clandestinidad, la exclusión, y amenazados constantemente de expulsión. Se les impone deberes sin reconocer sus derechos;
- » Al racismo y xenofobia, ilustrados por el Brexit (contra los inmigrantes procedentes otros países de la UE), los discursos ultraderechistas de Marine Le Pen o de Donald Trump (para quien la “inmigración es un privilegio, y no un derecho”) y del creciente populismo en varios países del Norte. Es preciso añadir las actitudes hostiles consistentes en la patologización de los inmigrantes. Se equipara la inmigración con la delincuencia y el terrorismo, con argumentos sutiles de tipo: “todos los inmigrantes no son terroristas, pero el terrorismo es de origen inmigrante”, perdiendo de vista de vista que “los terroristas han nacido en países de la UE o son nacionales de los Estados miembros... (aunque) varios terroristas europeos occidentales descendieran de familias inmigrantes” (Balázs (2017: 26);
- » A la adopción de políticas restrictivas de integración social (endurecimiento de las políticas de reagrupación familiar y de los criterios de regularización de los ya establecidos);
- » A la reducción de los permisos de trabajo a los inmigrantes no comunitarios.

IV. Perspectivas de los flujos migratorios africanos

Es preciso subrayar que la cuestión de la emigración africana es un problema humano, y por lo tanto necesita también soluciones humanas, antes que un trato administrativo, policial o de seguridad. Tal y como puntualiza la Declaración de Rabat del 11 de julio de 2006, “la gestión de los

flujos migratorios no puede realizarse sólo a través de medidas de control de fronteras, sino también requiere de acciones desde las causas y raíces de la migración mediante la implementación de proyectos de desarrollo en África”, en particular el fomento de las inversiones y el acabar con el síndrome de la dependencia y del mimetismo, junto, en palabras de Grabbe y Lehne (2017: 42), a la coordinación y armonización de las políticas migratorias de la UE y de reparto equitativo de las cargas entre los Estados miembros, sin rebajar las medidas de protección de los inmigrantes y los refugiados.

Ninguna situación es irreversible, según subraya Jacquemot, 2016: 289) para quien un cambio de tendencia podría concretarse en las décadas venideras, partiendo de unas tendencias actuales. La diáspora africana, en el Norte, manifestará su voluntad de ir trabajar en el continente, por razones de supervivencia. La situación más espectacular es la inversión de flujos migratorios que se está produciendo entre Angola y Portugal: el primero, en pleno crecimiento y con escasa mano de obra cualificada recibió, en 2015, a 120.000 portugueses, cuyo país fue duramente golpeado por la crisis económica y financiera de 2007/2008.

La solución estriba, en definitiva, no en el cierre de las fronteras, sino en una gestión eficiente de la migración circular para conseguir el *brain gain* (la rentabilidad de la circulación de cerebros). Es decir, en palabras de Boillot e Idrissa (2015: 58), la circulación de la población africana para completar su formación en los países desarrollados, conseguir la competencia, y acumular el capital necesario para desarrollar sus propios negocios y empresas, que contribuirán en última instancia al desarrollo económico y social de África. Prueba de ello es que sus remesas constituyen una de las principales fuentes de los ingresos del continente y de “seguridad social” de muchas familias (por permitirles hacer frente a los gastos sociales, en particular de educación y sanidad), y que las altas tasas de crecimiento de los últimos años, que ponen de manifiesto el arranque de África, están conduciendo al regreso de los antiguos inmigrantes y de las personas altamente cualificadas.

El control de la inmigración, que no se puede erradicar completamente por ser un fenómeno natural y en constante aumento, pasa por las soluciones estructurales y plurales expuestas a continuación.

- » La adopción de políticas concertadas de desarrollo basadas en el fortalecimiento de las interdependencias con África, y no en el cierre de las fronteras y en la restricción de visados, que tienen efectos perversos y contraproducentes (Hugon, 2016: 158; Jacquemot, 2016: 284), pues favorecen los tráfico de seres humanos y la clandestinidad;
- » La recuperación y el cumplimiento por el Estado africano de sus funciones económicas y sociales, ocupándose de la seguridad de las personas y de sus bienes;
- » La transición demográfica, mediante el control por las mujeres de su fecundidad (prioridad a la educación y promoción de la mujer);
- » La educación y formación de los jóvenes, y la consiguiente creación de empleos en las zonas rurales y urbanas, junto a la ayuda a los empresarios del “sector informal” o de la economía popular, para que no tengan que elegir entre el exilio (el intentar emigrar por todos los medios) y el kalashnikov (el convertirse en carne de cañón para los señores de guerra);
- » La movilización de las competencias y responsabilidades internas, en los Estados de derecho, para el desarrollo, junto a la construcción de infraestructuras y a la transferencia de tecnologías.

A todo ello, es preciso añadir que la concreción de las disposiciones de las agrupaciones regionales africanas (CEDEAO, CEEAC, SADC, COMESA, EAC, UMA), -que preconizan casi todas la libre circulación de personas-, será determinante, en breve, en las migraciones internas, por compensar el déficit demográfico que existe en unas regiones por el excedente pre-valectante en otras, y por reducir los desequilibrios económicos entre los países africanos.

En definitiva, se imponen: la lucha contra la pobreza y las desigualdades tanto a nivel interno como a nivel internacional, pues, según manifiesta Kliksberg (2003: 85) -que apuesta por la “economía con rostro social”-, las desigualdades sociales son fatales al propio crecimiento económico; y el fortalecimiento de las ya mencionadas interdependencias entre ambas regiones, ya que no se puede perder de vista que las migraciones lejos de ser un problema constituyen una oportunidad tanto para los países de acogida como para los de origen (cf. Naïr, 2007). De ahí la apuesta por este autor por el codesarrollo, consistente en la rentabilidad de las migraciones para ambas partes, en contra de su instrumentalización actual como ayuda encubierta al retorno.

Conclusión

Las supuestas amenazas demográficas, migratorias y medioambientales (un alarmismo exagerado), que representa África, deben ser tomadas en cuenta y resueltas desde sus raíces y causas o los países de origen. Dicho con otras palabras, es preciso el fomento de las inversiones sociales y medioambientales en África, para conseguir el desarrollo duradero o sostenible y reducir la inmigración (Jacquemot, 2016)

El mencionado desarrollo desigual entre Europa y África, -o lo que Boilot e Idrissa (2016: 58) llaman “la asimetría matemática” y “la asimetría económica estructural”-, constituye el caldo de cultivo de las migraciones africanas. A ello es preciso añadir las razones históricas (efecto bumerán de la colonización) y geográficas (ambos continentes separados por 14 kilómetros por el estrecho de Gibraltar). Son pues los factores económicos, políticos y culturales las principales explicaciones de las migraciones africanas.

La manera más eficaz de reducir los flujos migratorios, es atacar a sus causas o raíces, según la mencionada Declaración de Rabat de 2006. Es decir, la definición y/o adopción de eficientes políticas de desarrollo destinadas a favorecer el desarrollo económico y social en el continente. Dicho sea de paso que no existe un modelo universal de desarrollo, y que ningún pueblo o Estado puede pretender tener el monopolio o el liderazgo del mismo, que no es un producto de importación o exportación, máxime cuando nos enfrentamos a un modelo consumidor de una enorme cantidad de bienes materiales, y que consume una gran cantidad de energías, además de producir una gran cantidad de residuos tóxicos. De adoptar todos este modelo de desarrollo despilfarrador de recursos naturales, necesitaríamos seis planetas.

Los modelos occidentales han sido incapaces de resolver los problemas a los que los países africanos están enfrentados (justicia social, deterioro medioambiental, marginación de amplias capas de la población).

El verdadero desarrollo, según puntualiza Moussa Konaté (2010: 197), es el que coloca el ser humano en el centro de su proyecto, respetuoso del

medio ambiente, y alejado del culto a la acumulación de bienes materiales. Se trata fundamentalmente del desarrollo humano, entendido como la prioridad dada al desarrollo de la población (salud y educación), por la población (participación en la producción y en el proceso de toma de decisiones) y para la población (mejora del bienestar y reducción de las desigualdades de riqueza) -Vernières, 2003: 1-. No se debe perder de vista, que África nunca había conseguido ocupar un lugar honorable en la escena global, y en particular en la actual globalización neoliberal, por mantener relaciones de dependencia con las antiguas potencias coloniales (Yenshu, 1997: 14), y por tener economías rentistas basadas en las estructuras de la vieja división del trabajo o del pacto colonial: África sigue siendo la reserva de materias primas y el mercado de bienes manufacturados. Se impone la ayuda a las economías africanas para superar sus estructuras coloniales de monoproducción y monoexportación, mediante su diversificación.

Los 400 millones de pobres africanos humillados, o sea la mitad de la población del África Subsahariana, seguirán siendo candidatos potenciales a la emigración hacia Europa³, por haber perdido económica y socialmente la década de los 80 y de los 90 del siglo pasado, sin tener claras perspectivas en la actual (crecimiento sin desarrollo), por culpa del sistema mundial cuya responsabilidad es flagrante en el fracaso de África, y por las torpes e inadecuadas políticas poscoloniales de desarrollo, adoptadas por los gobiernos locales, en particular la proliferación de los conflictos armados y la violación a gran escala de los derechos humanos, y últimamente por el infarto ecológico o la destrucción de la biosfera (ilustrada por la desertificación del Sahel y la sobreexplotación de la cuenca del río Congo), dando lugar a las migraciones ecológicas, o las de las décadas venideras.

3 Esta afirmación ha de matizarse, pues, los inmigrantes no vienen de zonas pobres o excluidas del sistema-mundo, todo lo contrario proceden de regiones que, por integración en el comercio mundial, experimentan importantes transformaciones o cambios sociales, junto a la creación de las redes transnacionales de información.

Bibliografía

Balázs, Péter, “Trilemas europeos de Schengen al crecimiento económico”, *Vanguardia Dossier* nº 64, Barcelona, abril-junio de 2017.

Grabbe, Heather y Lehne, Stefan, “Cómo construir una Unión Europea más flexible después de Brexit”, *Vanguardia Dossier* nº 64, Barcelona, abril-junio de 2017.

Hugon, Philippe, *Géopolitique de l’Afrique*, Armand Colin, París, 2013.

Kabunda, Mbuyi (ed), *África en movimiento. Migraciones internas y externas*, Casa África-Catarata, Madrid, 2012.

Kliksberg, Bernardo, *Hacia una economía con rostro humano*, FCE-OPSU-LUZ, Maracaibo (Venezuela), 2003.

Konaté, Moussa, *L’Afrique noire est-elle maudite?*, Fayard, París, 2010.

Naïr, Sami, *L’immigration est une chance. Entre la peur et la raison*, Seuil, París, 2007.

Naïr, Sami, *Refugiados frente a la catástrofe humanitaria, una solución real*, Crítica, Barcelona, 2016.

Rivero, Daniel, «Dans le sillage de Rihanna», en *Courrier international hors-série* de septiembre-octubre-noviembre de 2016, París.

Vernières, Michel, *Développement humain. Économie et politique*, Economica, París, 2003.

Wihntol de Wenden, Catherine, *Les nouvelles migrations. Lieux, hommes, politiques*, Ellipses, París, 2013.

Yenshu, Emmanuel, «Democratizing Development in Sub-Saharan Africa: Imperatives and Possibilities», en *Scandinavian Journal of Development Alternatives and Areas Studies*, vol. 16, nº 2, junio de 1997.